

# De Chanfaina y Caldo de Cabeza

Wilfredo Mayorga, al calor de una disertación gastronómica, expresó su pesar de que muchos guisos chilenos hayan desaparecido de las mesas hogareñas. Prometió, en la cúspide de sus añoros, que haría pública una exigencia por la rehabilitación de la chanfaina, sabroso preparado muy de nuestra tierra, y donde tienen injerencia el bofe de cordero, las papitas cortadas a cuadro, el arroz y, si es temporada, las humildes arvejas. "El pueblo exige su retorno", vociferó de pronto, con voz de tribuno, "y también del caldo de cabeza y las pancutras hechas en caldo de chancho".

Las palabras exuberantes del dramaturgo me quedaron girando como una veleta. Recordé mis modestos años de estudiante, cuando recorría las cocinerías de Franklin, Victoria y las incrustadas en el vientre opulento de la Vega Central. En esos años no había nada más glorioso para mí que afirmar las tunantes amanecidas con un buen caldo de cabeza; la testa corderil partida en dos, para así curiosear tranquilamente la sabrosura de los sesos, proseguir con los ojos y las charchas, y por último devorar la lengua seráfica de aquel menudo hermano de San Francisco de Asís.

¿En qué lugar, en qué figón fue donde el autor de estas líneas gustó los más deleitosos caldos de cabeza? Sería pecar de olvidadizo no citar de inmediato a "Las Pérez Caro", más conocidas por "Pérez Caldós" entre los parroquianos con reminiscencias literarias. El hostel de las Pérez estuvo en Chacabuco, ¿esquina de Huérfanos? Tenían un ambiente muy especial, hogareño, y llegaban de noche agraciadas ninfas de recónditos parajes.

Otro lugar, muy frecuentado por mí cuando me venían los antojos por tan sabroso plato, fue "El Montecarlo", en Eyzaguirre con San Diego; ampuloso bodegón donde se expendían también nutrias cazuelas de ave.

Esos caldos de cabeza, puestos también en la preferencia sentimental de don Wilfredo, son efectivamente dignos de recordar y duele que, en estos impíos tiempos, brillen por su ausencia, aunque siempre presentes en la memoria de inveterados caballeros que corrieron la caravana en su época con su sabrosa complicidad.

PANTAGRUEL

Ullmos reduecos, slpo. 2-VI-1981. P. 7. 691.852